648

f Auget de una familia

media por Freixa

Freixa

6

15 láminas de gran tamaño del eminente Gustavo Doré.—A dos reales la entrega.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

compuesto por MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Nueva edicion dirigida por don Nicolás Diaz de Benjumea é ilustrada por don Ricardo Balaca

Esta lujosísima edicion se reparte por entregas de ocho páginas de texto, esmeradamente im
en papel superior y con tipos clarísimos y elegantes, siendo el precio de cada entreg
MEDIO reales.

La ilustracion se compondrá de unos 300 grabados intercalados en el texto, del
lápiz del malogrado artista D. RICARDO BALACA, y además de un considerable núm
riquísimas oleografías, cuyos originales son asimismo obra del indicado artista. Aten
mérito de estas oleografías, cada una de ellas equivaldrá á dos entregas.

Además de esta edicion, se imprime otra en papel apergaminado superior, cuyo
será doble del anteriormente citado.

EL ÁNGEL DE UNA FAMILIA

COMEDIA DRAMÁTICA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EUSEBIO FREIXA Y RABASÓ.

MADRID.
IMPRENTA DEL INDICADOR DE LOS CAMINOS DE HIERRO.
Costanilla de los Angeles, 3.
1876.

PERSONAJES.

D. FERNANDO, 50 años.
PILAR, 18.
MANUEL, 16.
INÉS, 40.
JORGE, 70.
BARCONIDA (D. José), 50.

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales del Sr. Gullon, editor de la galería lírico-dramática *El Teatro*, son los encargados exclusivos del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

A mi Purita,

DE CINCO AÑOS Y MEDIO DE EDAD.

Huérfano á los diez años de haber nacido y privado de las caricias de los autores de mi existencia en aquella edad de los placeres purísimos para la inmensa generalidad de los niños, yo no gozaba ninguno, y me aficioné inconscientemente á la bella literatura. Muy jóven todavía, dí á luz algunas composiciones en verso, que yo mismo, con infantil sencillez, llamaba poesías, y que sirvieron de eficaz lenitivo á mi contínua tristeza, proporcionándome satisfacciones indescriptibles su reproduccion en las columnas de varios de los periódicos que se publicaban en Madrid, Barcelona, Lérida y otros puntos.

La falta de bienes de fortuna, indújome á estudiar algo que me proporcionara la subsistencia, y de ahí mis libros de administracion que, áun siendo de mérito escasísimo, si es que alguno tienen, lograron aceptacion inesperada.

Una vida llena de contrariedades y desengaños, azarosa y nunca feliz; enemistades profundas debidas á mi génio, tan franco y noble como adusto, y á mi decir punzante é incisivo con sobrada frecuencia, infundiéronme pensamientos desgarradores que tu precoz inteligencia y constante alegría disipaban. Sin tí, tu padre no existiría seguramente; cobarde para sobrellevar una vida llena de privaciones y pesares eternos, halagóme muchas veces, muchas, la horripilante idea del suicidio; pero el pensamiento de que iba á dejarte huérfana y sin apoyo en este mundo, desarmaba mi brazo, y una voz interna y misteriosa me decia: ¡bárbaro, confórmate de una vez con tu suerte, y ten el valor heróico de vivir sufriendo como sufres!.... Mira á esa niña que necesita de tu apoyo, y que perderias para siempre.... Vive para ella, y ella será antes que espi-

612272

res, el único y eficaz consuelo de su bondadosa madre y EL ÁNGEL DE UNA FAMILIA.

Tú me debes la vida; yo te la debo á tí, y este recuerdo me enagena.

Si cuando llegues á la edad del raciocinio y de la razon serena, la parca ha cortado mi existencia, y lées esta produccion, y las tituladas *Adúltera y parricida; Un padre en capilla á su hijo; Á una huérfana; Luces y sombras; Á un mendigo; Mi estrella; Á un espectro; Paseos por un jardin; Un hombre de Estado; Ante el féretro de mi hijo Santiago; Lamentos de un huérfano; El desbarajuste de España*, y algunas otras tan sentidas y patéticas como escasas en mérito literario, impresas casi todas en un libro que te encarezco conserves, dirás acaso con ternura: ¡Qué corazon el de mi padre! y ¡qué desventurado debió ser!

Hoy que todo es hermoso y bello para tí, goza, Purita, goza; harto llegará un dia en que comprendas por tu mal las miserias de la sociedad en que vivimos.

Eusebio Freixa.

ACTO PRIMERO.

Dios escribe derecho con lineas curvas.

Salon lujosamente amueblado.—Junto al sofá un velador.—Puerta grande al fondo y dos á derecha é izquierda.—La escena pasa de noche.

ESCENA PRIMERA.

PILAR.—MANUEL.

PILAR. Al suceder esa historia,
¿contabas?...
MAN. No lo sé bien,
más creo que eran dos años
y mi linda hermana, tres.
PILAR. Muy mal se portó tu padre
al huir de su mujer.
MAN. Sola conmigo, sin medios,
triste y enferma á la vez,
abandonamos á Oviedo
cinco semanas despues
viniéndonos á Madrid,
yo en sus brazos y ella á pié,
acompañados de un viejo
modelo de sensatez
y de virtud. ¡Ay! mi madre
pensaba en esta Babél
encontrar á su marido;

¡Ilusoria candidez!

PILAR. Algun misterio hay en esto
que se te oculta á mi ver.
Tal vez tu madre...

MAN. Mi madre
estaba loca por él.
Amábale con delirio
y nunca faltó á su fé,
que en almas como la suya
no cabe torpe doblez.
¡Es tan buena...!

PILAR. Ahora deseo
me digas de Don Gabriel,
tu protector, los favores
que te hizo, luego que
perdido y triste te halló
en el Prado.

MAN. Ya sabeis
que se me llevó á Dombellas,
donde á su lado pasé
diez años, y que gozoso
aleccionóme en leer,
escribir, contar é historia,
y en el idioma francés.

PILAR. Bien se ha portado contigo.

MAN. Nunca podré agradecer
bastante tales favores,
y el amor que le inspiré.
No le sobraban recursos
para sustentarme, y él
nunca pensó, sin embargo,
en dejarme padecer;
mas dió la casualidad,
de que siendo Don Gabriel
amigo de vuestro padre,
y afanándose en mi bien,
me colocó en esta casa
dos meses hace.

PILAR. Así es.

MAN. Desde entonces con ahinco
á buscar me dediqué

á mi desgraciada madre,
y en vano siempre; tal vez
ha muerto desconsolada
por no hallar á su Manuel.
¡Qué infortunado nací!

PILAR. ¿Y no has podido saber
por la casa en que habitaba
en tiempos de tu niñez,
qué ha sido de ella?

MAN. ¡Jamás!
Como debeis suponer,
he estado allí varias veces
con el mayor interés
á preguntar, y me dicen
que ignoran donde se fué.

PILAR. No deja de ser extraño.

MAN. Que estuve la última vez
con igual objeto, solo
hace dos dias ó tres,
y... ¡lo mismo!... nada saben.
¡Incertidumbre cruel
que me tiene contristado,
y hasta enfermizo tambien!

PILAR. No seré yo quien pretenda
que faltes á tu deber
dejando de hacer pesquisas
para hallarla, más no sé
si consigues con llorar
más que la calma perder.
Te advierto, que así peligra
tu vida: témplate, pues,
y procura distraerte.

MAN. Señorita... ¡no sé en qué!

PILAR. Escribe versos, supuesto
que los compones tan bien.

MAN. ¿Os burlais?

PILAR. De ningun modo.
Los que me distes ayer
contra la pena de muerte,
los leí más de una vez,
y no puedes figurarte

cuánto al leerlos lloré.
¡Qué conceptos tan valientes,
y que asombrosa fluidez,
al describir la injusticia
de ese castigo cruel!

(*Se oyen dos golpes de timbre.*)

MAN. ¡Ah! vuestro padre me llama:
¿Oísteis?

PILAR. Sí, sí; él es.

MAN. Voy corriendo, señorita.

PILAR. No te detengas; sí, vé.

ESCENA II.

PILAR.

¡Pobre muchacho! Es tan fino,
tan simpático, que diera
con gusto mi vida entera
por mejorar su destino.
¡Es particular!... No sé,
pero parece mentira
el cariño que me inspira
desde que á verle llegué.
Por distraerle me afano,
y por su bien me desvelo.
¡Proteja su vida el cielo,
y tienda sobre él su mano!

(*Toma un pliego de papel de encima del velador.*)

No escribe nada que luego
no pretenda que lo lea,
ni concibe noble idea
sin describirla con fuego.

(*Transicion.*)

Veamos ya esta poesía
que improvisó esta mañana,
dedicada «á una sultana
que sufre melancolía.»

(*Lee un breve rato para sí, y dice despues.*)

¡Qué filosóficos son!

En cuantos versos escribe,
traslúcese que recibe
del cielo la inspiracion.
¿Quién pintará como él
La desgracia y la ternura,
el cariño y la amargura?
¡Ninguno como Manuel!

ESCENA III.

PILAR.—D. FERNANDO.

D. FER. Está visto; ni un instante
he de encontrarte, Pilar,
sin tus libros y papeles.
¡Y qué aficion tan tenaz
á la lectura!

PILAR. ¿Te pesa?
Yo creo que no obro mal
instruyéndome.

D. FER. Está claro;
pero tambien es verdad
que á tu salud no conviene.

PILAR. Yo así disfruto, papá.

D. FER. Hay distracciones más propias
de tu sexo y de tu edad.
Por lo demás, me complace
y áun te quisiera imitar;
pero es inútil, porque
no tuve aficion jamás
á leer, y hoy á mis años
las letras me quieren mal;
sin contar con que los ojos
diciéndome que nó están.

PILAR. ¡Si tu supieras los versos
que estaba leyendo...!

D. FER. ¡Bah!
Exageraciones tontas
de poetas.

PILAR. No, papá;
nada exagera el autor,

y cuanto dice es verdad.

D. Fer. ¡Cómo te equivocas, niña!
El poeta más veraz,
nos endilga con frecuencia
mal por bien y bien por mal.
Apenas se encuentra alguno
que no tenga una deidad
á quien dedique sus versos
más floridos que un rosal,
llenos de perlas y estrellas,
de cariño y de lealtad,
y, sin embargo, no tarda
generalmente, en buscar
otra sílfide más jóven,
más bella ó sentimental.
¡Poetas! Todos escriben
himnos al sol, y jamás
le han visto cuando aparece
con su pompa y majestad
alumbrando el horizonte
cual luminoso fanal.
¿Y cómo verlo, si duermen
con suma tranquilidad
hasta las doce del dia,
fatigados de rondar
por la noche?... Si... ¡corriendo
á ver salir el sol van!

Pilar. ¡Bonita pintura has hecho!
Nunca te oí tan mordaz
y tan injusto.

D. Fer. Pues mira,
no pienso rectificar.

Pilar. ¿A que sí?

D. Fer. Pues ¿á que no?

Pilar. Oye con calma, papá,
y contéstame en seguida,
clarito y sin vacilar.

D. Fer. Pregúntame.

Pilar. A Manuel,
¿le consideras formal?

D. Fer. Mucho; tal vez demasiado

para un mozo de su edad.

PILAR. Ya caíste; pues él es
el de los versos, ¿estás?

D. FER. ¿Versos Manuel?

PILAR. Sí; poesías
de un mérito regular.

D. FER. No puede ser.

PILAR. Puede ser,
porque es.

D. FER. Pues no hablar más.
A tales afirmaciones,
he de entregarme.

PILAR. ¡Cabal!

D. FER. Pero, ¿estás cierta que vale
lo que escribe?

PILAR. (*Hace ademan de leer.*) Tú verás...

D. FER. (*Interrumpiendola.*)
No, no; me basta tu dicho.

PILAR. Podríanse publicar
con seguridad completa
de que valen algo más
que muchos que ven la luz
y que oímos celebrar.

D. FER. ¡Diablo de chico! Es un dige
para todo, y tan leal,
que ni un pensamiento malo
se le ha ocurrido jamás. (*Transicion.*)
¿Recuerdas cuando entró en casa
unos dos meses hará?

PILAR. Como hoy; pues yo lo creo;
no se me puede olvidar.
¡Buena adquisicion hiciste!

D. FER. Por cierto que fué casual.
Dí comision á un amigo
para un jóven de esa edad,
y me trajo á los seis dias
á Manuel sin vacilar.
Segun él mismo me dijo,
se lo halló diez años há
perdido junto á la fuente
de Cibeles, y sin más,

al verle tan afligido
y al conocer su orfandad,
creyó prudente ampararle
partiendo con él su pan.

PILAR. Es muy laudable esa accion.

D. FER. Fué la mejor caridad
que pudo hacer... (*Transicion.*)
Si esta gota
tan molesta y pertinaz
no me tuviera sujeto
impidiéndome el andar
por Madrid. aún me sería
ese jóven mucho más
conveniente y necesario.

PILAR. No cabe duda.

D. FER. En verdad
que le he cobrado cariño.

PILAR. Lo veo.

D. FER. Se hace estimar
por sus modales y génio,
y es tal su amabilidad,
que cautiva al que le trata
de una manera especial.

PILAR. Y tiene talento.

D. FER. Mucho;
no se le puede negar.

PILAR. Bien le mimas.

D. FER. Lo merece,
y es mi salud tan fatal,
que he menester á mi lado
un muchacho así.

PILAR. Es verdad.

D. FER. ¡Pero siempre enfermo! ¡Siempre
este feroz malestar,
sin adquirir esperanzas
de que termine jamás!

PILAR. ¿Quién sabe?

D. FER. Yo: no confíes.
Esta horrible enfermedad
me consume lentamente,
y no me deja esperar

que recobre la salud
perdida en mi mocedad.
¡Arcanos son del Señor
que me horrorizan, Pilar!

PILAR. ¡Oh! No te entiendo.

D. FER. Lo sé.
¡Dios me comprende no más!

ESCENA IV.

PILAR.—D. FERNANDO.—D. JOSÉ.

D. JOSÉ. ¡Magnífico! Siempre juntos
padre é hija.

PILAR. (*Aparte.*) Me hace mal
la presencia de ese hombre.

D. FER. (*A D. José.*)
Ayer no te ví.

PILAR. Papá,
¿me retiro?

D. FER. Como quieras:
tu gusto es mi voluntad,
ya lo sabes.

D. JOSÉ. Pilarcita,
¿al llegar yo os retirais?

PILAR. Es fuerza; tengo que hacer.
(*Saluda y se va.*)

D. FER. Vé con Dios.

PILAR. Con él quedad.

ESCENA V.

D. FERNANDO.—D. JOSÉ.

D. JOSÉ. Fernando, voy á pedirte
un favor que me has de hacer.

D. FER. Tú dirás.

D. JOSÉ. Vamos á ver.
Yo me afano por servirte,
y sabes que siempre fuí

un amigo verdadero...
tan leal como sincero.
¿No es cierto?

D. FER. Creo que sí.

D. JOSÉ. Mis consejos te han salvado
del deshonor más atroz...
¿es verdad?

D. FER. Baja la voz
y explícate.

D. JOSÉ. Pues al vado.
Tú eres en extremo rico.

D. FER. Y tú no poco tambien.

D JOSÉ. Perfectamente: pues bien;
sin más ambajes me explico.
Conoces bien á mi hijo,
y sabes que es un tesoro.

D. FER. No lo niego.

D. JOSÉ. Ye le adoro
y en él mi esperanza fijo.

D. FER. Es justo.

D. JOSÉ. Y él á la par
idolatra en mí.

D. FER. Lo sé.

D. JOSÉ. Pero ahora es el caso que
está loco por Pilar.

D. FER. Ni me sorprende ni admira,
y de ello me hallo gozoso.

D. JOSÉ. Pretendo hacerle su esposo,
único bien á que aspira.
¿Puede contar con su mano?

D. FER. Sin duda, si ella consiente;
pero de no, es diferente;
pues fuera mi empeño vano,
toda vez que, como sabes,
en mi voluntad impera;
y hasta imposible me fuera
reducirla en casos graves.

D. JOSÉ. ¿Acaso dudas que acceda?

D. FER. Confío en que me oirá
y gozosa admitirá
el enlace... por mí queda.

La amistad que te profeso
me obliga á servirte en todo.
Yo la inclinaré...

D. José. (*Interrumpiéndole.*) De modo
que hoy mismo...

D. Fer. (*Idem.*) Confía en eso.

D. José. Aquí vuelve.

D. Fer. Vete, pues,
y nos veremos mañana.

D. José. ¿A qué hora?

D. Fer. Pregunta vana;
la que quieras.
(*Aparece Pilar; y D. José, al saludarla y retirarse, dice aparte.*)

D. José. ¡Nuestra es!

ESCENA VI.

D. FERNANDO.—PILAR.

Pilar. Papá!

D. Fer. Te tengo que hablar
de un asunto que, por Dios,
nos interesa á los dos.

Pilar. Ya te escucho.

D. Fer. Oye, Pilar.
No ignoras que yo manejo
muchísimos intereses,
á pesar de mil reveses
y de hallarme enfermo y viejo.
Hé trabajado con suerte,
adquiriendo tal tesoro,
que si diera vida el oro,
me burlára de la muerte.
Pero no sucede así,
y achacoso como estoy,
caminando aprisa voy
hácia el no ser, pésia á tí.
La vida, pues, se me acorta,
y la dejara sin pena,

si fueras tú ménos buena,
que por mí nada me importa.
Son tantos los sufrimientos
que pasan por mí hace años,
y tantos los desengaños
que acibaran mis contentos,
que muchas veces presumo,
y te lo digo con calma,
fuera mejor que mi alma
se evaporase cual humo.
Mas yo no puedo pensar
en el sentido expresado,
mientras estés á mi lado
y te vea sin casar;
porque la razon es obvia:
nada poseo en inmuebles,
y siendo mis bienes muebles,
circustancia que hoy me agobia,
es posible que al morir
desaparezcan los más,
en tanto que tú estarás
para llorar y sentir.
Esto dicho, piensa ahora
en tu posicion futura,
si se abre mi sepultura
antes que llegue esa hora.
Pensándolo yo cien veces,
me he decidido á casarte,
y á este fin proporcionarte
un partido cual merecés.

PILAR. Siempre obediente contigo,
nunca tu voz desoí:
dispon á gusto de mí,
que á obedecerte me obligo.

D. FER. Bien, hija; nunca esperé
otra respuesta, y me alegro.
Mi amigo será tu suegro:
ya sabes quién; Don José.

PILAR. Jamás, padre: no te asombre;
conozco muy poco el mundo,
pero me inspira un profundo

desprecio raro ese hombre.
Nada sinó me importara
darle mi mano á Daniel;
pero por ser hijo de él,
la existencia me costara.

D. FER. ¿Ignoras nuestra amistad,
su bienestar y buen porte?

PILAR. Papá; es muy grande la córte
y oculta mucha maldad.
Su sola vista revela
un corazon pervertido;
fíjate en él y advertido
vivirás con más cautela.
Podré engañarme; podré
ser suspicaz, no lo niego;
más que no fíes te ruego
de tu amigo Don José.

D. FER. Pero, ¿qué has visto en él, dí,
para llegar á ese extremo?
Que estás obcecada temo,
y exijo franqueza en tí.

PILAR. Nada, papá; el corazon
me está predicando á voces,
que por tu mal no conoces
de su amistad la razon.

D. FER. Eso tu desgracia labra,
no lo dudes; y es el caso,
que antes de dar este paso
le he empeñado mi palabra.
(*Pausa corta.*)
Ya verás lo que resuelves.

PILAR. Reitero lo que te he dicho.

D. FER. Yo tambien

PILAR. ¡Vano capricho!

D. FER. ¿A las andadas te vuelves?
Te casarás con su hijo.

PILAR. Dije y repito que no.
La muerte me diera yo
primero, papá.

D. FER. ¿De fijo?

PILAR. Como lo oíste: jamás

ha de llamarme su nuera:
¡lo juro!

D. FER. De esa manera
está mi empeño demás.
¡Dejémoslo! (*Incomodado.*)

PILAR. (*Con mucha amabilidad.*)
¡Papá mio!

D. FER. ¡Desobediente!... ¡Cruel!

PILAR. ¡Siempre igual! ¿Se trata de él?
Pues de seguro. . ¡Ya hay lio!

ESCENA VII.

D. FERNANDO.—PILAR.—MANUEL.

MAN. (*Con un periódico en la mano.*)
El periódico.

D. FER. Está bien;
déjalo ahí.
(*Manuel deja el periódico sobre el velador y se retira.*)

ESCENA VIII.

D. FERNANDO.—PILAR.

D. FER. Y en rigor
no debiera incomodarme
ni extrañar tu oposicion
á ese enlace, cuando nunca
has mirado sin rencor
á Don José.

PILAR. No me gusta.

D. FER. Pero, ¿por qué?

PILAR. ¿Qué se yo?
Le miro y me dá pavura
sin hallar la explicacion;
y tan repulsivo me es,
que de ello admirada estoy.

D. FER. Ya; mas Daniel...

PILAR. Es su hijo,
y basta esta condicion
para que yo no le quiera
ni pueda inspirarme amor.

D. FER. (*Mal humorado.*)
¡Bueno! ¡Bueno!

PILAR. ¡Qué manía!

D. FER. Tu nécia preocupacion,
me hará perder la amistad
del que es mi apoyo mejor.

PILAR. (¡Cuánto me alegrara de ello!)

D. FER. Me llama ya la atencion
tu terquedad, y te exijo
seas franca.

PILAR. ¿Por qué no?
Siempre lo he sido contigo
como he de sértelo hoy.
Pregúntame cuanto quieras
y me darás la razon.

D. FER. Vamos á ver. Hace dias
que noto con escozor
distingues mucho á Manuel
demostrándole aficion.
Dime, pues; ¿le amas acaso?

PILAR. Me explicaré: si es amor
la simpatía, le amo
con todo mi corazon.

D. FER. ¿Simpatía solo?

PILAR. Solo:
te lo afirmo por quien soy.
Le quiero porque es honrado,
exenta de otra pasion
que pudiera avergonzarme,
ni avergonzarte; eso no.

D. FER. ¿Y él nada te ha dicho?

PILAR. Nada.

D. FER. ¿Nunca?

PILAR. ¡Jamás!... Ahora yo
debiera á tí preguntarte
la causa de tu temor.

D. FER. Es muy sencilla; rehusas

obedecerme, y estoy
en la creencia de que
tu fatal obstinacion
reconoce otros amores.

PILAR. Pues te equivocáste hoy,
como te equivocas siempre
que tienes una aprension.
Y ahora te digo, papá.
que mientras tú vivas, yo
no he de casarme.

D. FER. ¿Estás loca?

PILAR. Lo dije ya y se acabó.
(*Pausa breve.*)
¿Quieres distraerte un rato?

D. FER. ¿En qué?

PILAR. (*Se sienta junto al velador y toma el periódico.*) ¿En qué? Mira... Voy
á leerte las noticias
del dia.

D. FER. ¿Sí? pues adios
conversacion familiar
y á dormir que es lo mejor.
(*Se tiende en el sofá en actitud de dormir.*)

PILAR. No dormirás.

D. FER. Ya lo has dicho.

PILAR. Es que me empeño en que nó.

D. FER. ¡Caprichosa!

PILAR. Ya verás
quien vence en esta ocasion.

D. FER. Es que...

PILAR. Si los ojos cierras,
prometo abrírtelos yo.
(*Pilar repasa el periódico durante un buen rato, y fijándose mucho, al parecer, de pronto en uno de los sueltos, exclama:*)
¡Pobre mujer!
(*Empuja á su padre.*)
¡Papá!... ¡oye!...
(*D. Fernando que se habia dormido ya, se despereza.*)
Escucha con atencion.

D. FER. ¿Qué es ello? Termina pronto,
porque durmiéndome estoy.

PILAR. (*Lee.*) «En una bohardilla oscura y sin ventilacion, de la calle de Juanelo, núm. 8, existe una honrada mujer que acaba de salir de una penosa enfermedad, sin recursos de ninguna clase. Encarecemos al vecindario de Madrid; tan filantrópico siempre, que socorra á esa desgraciada, víctima expiatoria de la seduccion de un perjuro. El propietario de dicha casa, que es el que nos ha facilitado estas noticias, la cedió gratuitamente, hace dos dias, el local en que habita, y que habitó ella misma hace bastantes años.»

(*A D. Fernando.*)

¿Qué te ha parecido?

D. FER. . . . . ¡Oh!
¡Qué situacion tan triste!

PILAR. ¡Qué infame es un seductor!

D. FER. Los hombres somos muy malos,
y obramos sin compasion
con las jóvenes incautas
que creen en un amor
que raras veces sentimos,
y que fingimos *ad hoc*.
¡Es tan comun! ...

PILAR. (*Interrumpiéndole.*) Tú eres bueno
y estoy segura que no
has engañado en tu vida
á nadie... ¿Lo acierto?

D. FER. (*Aparte, y con notoria amargura fijando los ojos al cielo.*)
¡¡¡Dios!!!

PILAR. ¿No me respondes, papá?

D. FER. Déjame en paz, por favor.

PIL. Hablaremos de otra cosa.

D. FER. De lo que quieras.

PILAR. Pues voy
á descubrirte una idea
que ahora se me ocurrió.

D. Fer. Será buena siendo tuya.
Pilar. ¿Te burlas?
D. Fer. ¡Líbreme Dios?
Pilar. Es que tienes unas cosas
á veces...
D. Fer. ¿Qué tengo yo?
Pilar. Unas salidas de tono, (*Cariñosamente.*)
que ya... ya!...
D. Fer. Por compasion
no divagues tanto, y suelta
ese pensamiento.
Pilar. Hoy
no es posible ejecutarlo.
pero mañana...
D. Fer En rigor,
¿qué es ello?
Pilar. Escucha,
y espero contestacion.
¿No crees tú que debemos
dar inmediato favor
á esa mujer desdichada
que gime allá en un rincon
de su bohardilla, sin pan,
sin salud, sin luz... sin sol?
D. Fer. Sí hija, sí; desde luego:
nada hay más puesto en razon
Acciones como esa, hija,
nunca las repruebo yo,
y las aplaudo y protejo
con todo mi corazon.
Pilar. ¡Cuando digo que eres bueno...
tan bueno como el mejor!
D. Fer. Eso te enaltece á tí
y á mí me honra.
Pilar. Atencion.
Mañana iré á visitarla:
¿te parece?
D. Fer. Muy bien, ¡oh!
tu pensamiento me llena
de orgullo y satisfaccion.
Dar al pobre es un deber

que lo premia siempre Dios.
Con que así, ya te lo he dicho:
la otorgo mi proteccion,
y puedes, por consiguiente,
darla dinero y amor.
No escasees nada: ahora
dejaremos el salon
y á dormir.

PILAR. Es áun temprano
y no tengo sueño yo.

D. FER. Pues yo lo tengo hace rato.
Buenas noches.

(*Da un beso en la frente de Pilar y se retira, dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.*)

PILAR. (*Cariñosamente.*) ¡Dormilon!

D. FER. (*Retrocediendo hácia Pilar.*)
¡Ah! me olvidaba.

PILAR. Papá,
¿qué te ocurre ahora?

D. FER. Voy
á tomar mis precauciones:
luego vuelvo.

PILAR. Vé con Dios.

(*D. Fernando se entra en la sala segunda de la izquierda.*)

ESCENA IX.

PILAR.

No haya cuidado que un dia
se acueste, sin preparar
la máquina de su caja:
máquina horrible, infernal,
que dejaría cadáver
al que atrevido y audaz
intentara apoderarse
de sus fondos; y en verdad
que nunca las precauciones

están en Madrid de más.
(*Pausa breve.*)
Y ahora recuerdo... mi padre,
¡qué empeño tan singular
tiene en que otorgue mi mano
á Daniel!... ¡qué nécio afan!
Si yo decirle pudiera
cuánto he podido notar
en Don José, de seguro
no le mirara la fáz.
¡Imbécil! Sin duda cree
que lográndome enlazar
con su hijo, vencería
mi despego pertinaz,
consiguiendo hacerme al fin
una mujer criminal.
¡Villano! ¡Mal me conoce
si eso ha llegado á soñar!
Solo el pensarlo me aterra,
y me avergüenza además.

ESCENA X.

D. FERNANDO.—PILAR.

D. FER. Ya está corriente.
PILAR. (*Con dulzura.*) ¡Miedoso!
D. FER. ¿Hasta eso criticarás?
Creo que fuera imprudencia
y extrema imbecilidad
teniendo tantos valores
en la caja, no tomar
las precauciones debidas
para evitar un desman;
ó mejor dicho, algun robo
que me pudiera arruinar,
sabiendo, como no ignoras.
cuánto ladron aquí hay.
PILAR. Es cierto; todos los dias
se oye un caso criminal,
y haces bien; más... no te enojes;

pero te quiero avisar
de una cosa que tú acaso
no imaginaras jamás.

D. FER. Explícate.

PILAR. Se reduce
á que no debes fiar
el secreto de la caja
á nadie.

D. FER. Pues claro está.
¡Valiente nécio sería
si lo fuese á divulgar!
Esa advertencia debiste
dejar de hacerla.

PILAR. Es que hay más.

D. FER. Sepamos.

PILAR. En tí el dormir
es ya tan comun y tan...

D. FER. (*Interrumpiéndola.*)
Tan natural, hija mia,
que es casi otra enfermedad.
Como siempre estoy en casa,
me he acostumbrado al sofá,
y en él me rinde Morfeo
con suma facilidad.

PILAR. Por esa misma razon
nunca debes descuidar
tu caja.

D. FER. ¿Qué duda tiene?
¿Pero sospechas...?

PILAR. Cabal.

D. FER ¡Hola! ¿Y de quién?

PILAR. Lo reservo:
no te quiero incomodar.

D. FER. Me pones en confusion
y tengo curiosidad
por conocer las personas
de quien no fías.

PILAR. No hay más
que una, entiéndelo bien,
y es amiga tuya.

D. FER. (*En tono irónico, denotando haber com-*

prendido á quién aludía.)

¡Ya...!

PILAR. Tan antipática me es,
que no la juzgo incapaz
de cuanto malo es posible
cometa la humanidad.

D. FER. ¡Calla! ¡Calla!... No delires,
y buenas noches.

PILAR. Papá,
duerme bien; pero recuerda
mi indicacion.

D. FER. ¿Callarás?

(D. Fernando se entra por la puerta primera de la derecha, y Pilar se dirige en seguida á la inmediata, al mismo tiempo que se presenta Manuel, saliendo de la habitacion primera de la izquierda.)

ESCENA XI.

MANUEL.

(Toma el periódico de encima del velador.)
Pensé que no acababan esta noche
de leer y de hablar, cuando otros dias
á las diez no hay un alma en esta casa
sin hallarse en su cámara metida
y durmiendo los más. Aquí sucede
algo extraño, á mi ver, que Pilarcita
ocultándome está, por más que sabe
de cuánto aprecio es para mí la digna
y noble confianza que afanosa,
aunque pobre sirviente, me prodiga.
En fin, veamos de una vez qué trae
este corre véidile de noticias,
y despues nos iremos á retiro
con la conciencia por demás tranquila,
como la tiene todo aquél que obra
sin doblez y leal toda su vida.
(Se pone á leer para sí el periódico, y dice despues de un rato.)

Lo de siempre. . noticias que no importan
más que á los mismos cuyos hechos cita.
(*Sigue leyendo por espacio de unos dos minutos.*)
¿Qué veo? ¡Vive Dios!... Esta es mi madre;
mi madre, sí, pues vive en la bohardilla
que habitamos los tres... ¡Oh qué sorpresa,
Aquí dice que ha sido recogida
enferma y sin recursos... ¡Pobre madre!
No es ilusion falaz... ¡es ella misma!
(*Se pasa la mano por la frente y lee un momento con bastante agitacion.*)
Leamos otra vez... Juanelo!... ¡justo!
número ocho, sí.... (*Pausa brevísima.*)
Hace tres dias
que estuve á preguntar y me dijeron
lo de siempre... ¡cabal... nada sabian...!
y ahora,... ¡mentecato!... no... ¡no es ella!...
¡Ilusion engañosa y fementida
ofuscó mi razon...! ¡Qué nécio he sido
imaginando tan inmensa dicha!
(*Vuelve á pasarse la mano por la frente.*)
¡No es posible, gran Dios!...
(*Fijando la vista distraidamente en el periódico.*)
Más, ¿por qué dudo?
Se comprende muy bien... hace dos dias,
solo dos que reside en esa casa,
y tres que estuve allí... ¡Madre querida!
¡Tú eres, tú, la mujer infortunada
que anuncia este papel!
(*Lo tira sobre el velador y se sienta en el sofá muy fatigado.*)
¡Oh! ¡cual palpita
mi opreso corazon!... Seguro. . ¡es ella!
(*Hace ademan de levantarse.*)
Corro en su busca ya. ¡Oh Dios! mi vista
la cubre un velo... mi razon se turba...
¡Mi madre!... ¡Santo Dios!... ¡Qué pesadilla!
(*Se cae desplomado sobre el sofá.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

La Providencia.

Bohardilla muy miserable.—Una pequeña estera á la izquierda del escenario, sobre la que hay tendido un jergon con una manta vieja encima del mismo.—Una silla pequeña al lado de esta cama.—Más allá otro jergon con un cantarito de agua inmediato.—A la derecha una poca de leña, hornillos arreglados con baldosas amontonadas, y dos ó tres pucheros con algunos platos y dos vasos: todo en el suelo.—Puerta al fondo del teatro.—Está oscuro.

ESCENA PRIMERA.

JORGE.—INÉS.

(*Ella sentada en la silla, y él sentado tambien; pero encima del segundo jergon que se ha citado.*)

INÉS. ¿Qué será de mi Manuel?
¡Ah! si supiera mi estado,
de seguro volaría
para arrojarse en mis brazos.
Tal vez ha muerto; tal vez
á su madre habrá olvidado.
¿Quién sabe?... pero es horrible
la duda con que batallo.

JORGE. (*Aparte.*)

¡Desgraciada!

INÉS. Y tú, buen Jorge,
¿nada sabes de él? Acaso
tienes noticias y callas
para evitarme quebrantos.
Por Dios te lo ruego, Jorge;
dime cuanto sepas... ¡vamos!

JORGE. Nada sé, Inés, os lo juro.

INÉS. ¡Oh! No seas reservado
con esta madre afligida
que te debe tanto y tanto.

JORGE. Inés: sed justa siquiera
con vuestro antiguo criado,
que á sus deberes atento
no sabe forjar engaños.
Si yo supiera la suerte
de vuestro hijo... ¡canario!
ni os la ocultara un momento,
ni fuera tan desgraciado.
¡Pobre niño!

INÉS. Voy perdiendo
la esperanza de encontrarlo.

JORGE. Un dia... vos lo sabeis
pues cien veces lo he contado;
cuando os hallábais sirviendo
en casa de Doña Amparo,
salí con él á la calle
á buscar mi pan diario,
implorando de los buenos
la caridad.

INÉS. ¡Pobre anciano!

JORGE. Recorrimos varias calles
y recogí algunos cuartos;
bastantes para comer
un panecillo entre ambos.
Comprélo, pues, y gozosos
en un portal nos sentamos
á satisfacer el hambre
que nos tenía acosados.
Hecho ésto, nos dirigimos
á Recoletos y al Prado,

donde habia mucha gente,
muchos coches y caballos.
Nunca se ha visto en Madrid
más lujo ni más boato.
Yo lo miraba con pena
meditabundo y turbado,
sin explicarme la causa
de aquel bullir y aquel fausto,
lamentándome á mis solas
de que existan desgraciados
sin pan para alimentarse,
sobrándoles á otros tanto.
Entonces perdí á Manuel,
y... loco, desesperado,
sin norte ni guía, anduve
todo Madrid para hallarlo;
pero fué inútil mi afan,
y desde entonces lloramos
sin cesar al pobre niño
perdido por mí en el Prado.

INÉS. ¡Golpe terrible y fatal!

JORGE. ¡Dia fué aquel bien aciago!

INÉS. Dios me persigue: mis culpas
deben tenerle irritado.

JORGE. Callad, pobre Inés, callad;
él os tenderá su mano;
pues si harto culpable fuísteis
dejando en el desamparo
á vuestro padre, cegada
por un torpe amor nefando,
las penas que habeis sufrido,
deben tenerle calmado.
Ya vendrán tiempos mejores.

INÉS. ¡Cuánto te debo!

JORGE. ¡Canastos...!
no digais eso, por Dios.
Si os he mecido en mis brazos
desde que al mundo vinísteis,
y vuestro padre Don Cárlos
salvó mi existencia humilde
dándome además amparo,

¿cómo es posible que yo,
olvidadizo ó ingrato,
de reconocerlo deje,
de agradecerlo y pagarlo,
siquiera con el afecto
que siempre os he profesado?
No, jamás; la vida entera
es mi deber consagraros,
pues favores de esta clase
tienen un precio muy alto.

INÉS. ¡Siempre leal!

JORGE. Siempre digno
de quien su mesa me ha dado
en tiempos más bonancibles
para vos y el pobre anciano.
Vuestro padre infiltró en mí
de la virtud el encanto,
y cuando vos le dejásteis
ciega de amor, yo irritado
creo que os diera la muerte
si por desventura os hallo.
Vuestro padre... ¡pobrecito!
¡murió de pena en mis brazos!

INÉS. No me lo recuerdes, Jorge,
que harto Dios me ha castigado.

JORGE. Teneis sobrada razon,
y no he debido mentarlo.
Por lo demás, no debeis
agradecer ni extrañaros
de la conducta que observo
para con vos; vuestro estado
me impuso el grato deber
de serviros y auxiliarios
cuando veniros quisísteis
á Madrid, y sin descanso
os seguiré donde quiera
que encamineis vuestros pasos.

INÉS. ¡Pero mi hijo!...

JORGE. ¿Otra vez?
Si no dais tregua al quebranto,
¿cómo recobrar quereis

la salud?... ¡Tranquilizaos!

INÉS. No es posible.

JORGE. ¿Por qué no?

INÉS. ¡Angelito! Hace diez años
que su madre no le besa
ni le mece en su regazo.

JORGE. Diez años eternos, sí;
diez años que paso á paso
le buscamos, sin hallar
ni un imperceptible rastro
de su existencia: diez años
pasaron ya que afanosa
y hecho el corazon pedazos,
abandonásteis la casa
donde servíais, pensando
que así tal vez lograríais
dar con el chico, y ¡mal hado!
tan solo habeis conseguido
perder el pan y el descanso.

INÉS. *(Aparte.)*
¡Hijo mio!

JORGE. Muchas veces
me digo para mi sayo:
Inés y yo somos pobres...
hemos de ir mendigando
para ganar el sustento,
y en casos tan apurados
un niño como Manuel
crece á su vez descuidado,
sin maestros que le enseñen
aquello más necesario;
y... ¿quién sabe si al perderse
habrá su dicha encontrado?

INÉS. ¿Eso crees?

JORGE. Esto pienso,
y no fuera nada extraño.

INÉS. Son ilusiones no más.

JORGE. Por otra parte, el muchacho
prometía ser muy listo,
con un talento bien claro.
De seguro que si vive,

no habrá jamás olvidado
á su madre cariñosa,
ni á su mentor el anciano.

INÉS. ¿Te acuerdas con qué atencion
escuchaba los relatos
que de mi historia le hacia
sin desperdiciar vocablo?
Áun me parece mirarle
alargándome los brazos
pedirme con gracia un beso
y enjugar mi eterno llanto.
¡Cuántas preguntas me hacía!

JORGE. No quisiera recordarlo:
por cierto que, como ahora,
este local habitábamos.

INÉS. Es verdad, por mi desgracia.
Si no lo hubiera dejado,
quizá mi hijo á estas horas
me diera tiernos abrazos.
Al fin le vuelvo á habitar.

JORGE. Sí, gracias al propietario.
(*Se levanta.*)
Pero hablemos de otra cosa
que me tiene con cuidado.

INÉS. Sí... de mi niña preciosa...

JORGE. (*Interrumpiéndola.*)
¡Por Dios...!

INÉS. (*Tristemente.*) ¡Jorge!

JORGE. Hacéos cargo
que estais muy débil y enferma,
y es preciso, necesario
que os alimenteis, y aquí
no hay una taza de caldo
que daros... ¡ni pan siquiera!...
¡¡¡nada...!!! ¡Me iré á mendigarlo!

INÉS. Bueno, Jorge; como quieras.

JORGE. En cuanto recoja algo,
aquí me teneis... ¡A Dios!

INÉS. (*Al irse Jorge apoyándose en su cayado, se levanta.*)
Vete con él, noble anciano.

ESCENA II.

INÉS.

¡Qué suerte la mia
tan triste y fatal,
de penas y llanto...
de horrible ansiedad!
Nací desgraciada...
nací por mi mal
en hora funesta
de duelos y afan.
¿Por qué permitiste,
¡oh Dios eternal!
que al mundo viniera
tan solo á llorar?
¿Por qué, Dios benigno,
que viéndolo estás,
no calmas la cüita
que me es tan fatal?
Si he sido culpable,
¿purgado no está
con tanta miseria
y angustia además?
(*Breve pausa.*)
Si Jorge no fuera
tan bueno y leal
que no me abandona
y apoyo me dá,
la vida que arrastro
con loca ansiedad
buscando á mis niños,
perdiérala yá.
¡Dios justo! ¡Dios sábio!
mitiga mi mal,
ó mátame pronto
si escrito así está;
pero haz que mis hijos,
si vivos están,
no sufran cual sufro...
¡Dios mio!... ¡Piedad!

ESCENA III.

INÉS.—MANUEL.

(*Manuel se detiene en el umbral de la puerta, al mismo tiempo que Inés se sienta de espaldas á la misma.*)

MAN. (¡Qué oscuridad más profunda!
Nada veo... si pudiera...
temo engañarme y quisiera...)

INÉS. (¡Siempre enferma y errabunda!
¡qué dolor!)

MAN. (Ya se ve más;
me adelanto y...
(*Dá unos pasos con bastante precaucion.*)
(Una mujer...!
¿si será?... (*Transicion.*)
Vamos á ver...)
(*Se adelanta, haciendo inadvertidamente un poco de ruido, y ella vuelve la cabeza hácia él.*)

INÉS. (*Espantada.*)
¿Quién vá?

MAN. (*En voz alta y con manifiesta satisfaccion.*)
¡Su voz es... su voz...!

INÉS. (*Con sobresalto.*) ¡Atrás!

MAN. ¡Madre!

INÉS. ¿Madre dijo?

MAN. Madre, sí:
¡mírame ..! ¡soy yo!... ¡Manuel!

INÉS. (*Con marcada alegría.*)
¿Tú mi hijo?...

MAN. ¡Yo...!

INÉS. (*Como alborozada en grado sumo y para sí.*)
¡Sí, es él!

MAN. ¡¡¡Madre!!!

INÉS. ¡Manuel!!

MAN. ¡Héme aquí!

INÉS. ¡Bendito Dios! ¡Qué alegría!
(*Abrázanse mútuamente con trasporte.*)
¡Deja te abrace, bien mio!

¿Pero es sueño ó desvarío?...
¡Qué placer, Vírgen María!

MAN. (*Desprendiéndose de los brazos de Inés.*)
¡Tranquilízate, por Dios!

INÉS. Si es tan grande mi alborozo
que de verte me remozo...
¡Oh ventura!... ¿Aquí los dos?
¿Qué ha sido de tí? ¿Qué has hecho?
Cuéntamelo todo, hijo,
y perdona si te aflijo
al ensancharse mi pecho.
Te he llorado tanto... tanto...
y era mi pena tan cruel,
que pensando en tí, Manuel,
me alimentaba del llanto.

MAN. Alégrate, pues, y calma
esa agitación.

INÉS. ¡Sí... Sí...!
Ahora que te tengo á tí,
huye el dolor de mi alma.
Me quieres mucho, ¿no es cierto?
Dime que sí por favor.

MAN. No tengo, madre, otro amor.

INÉS. Pensaba que habias muerto...
¡¡Insensata!! Perdí un niño
y le encuentro hecho ya mozo...
¡Qué gozo, gran Dios! ¡Qué gozo!...

MAN. (*Con indecible ternura.*)
¡Madre!

INÉS. (*Alborozada en grado sumo.*)
¡Manuel!

MAN. (*Aparte.*) ¡Qué cariño!

INÉS. Este es el dia más grato
de mi vida.

MAN. Y de la mia.

INÉS. (*Como reconviniéndole amorosa.*)
Por tí de pena moria,
y tú sin venir... ¡¡Ingrato!!

MAN. No me culpes... yo ignoraba
tu paradero.

INÉS. ¿Es verdad?

¡No mientas, por caridad!

MAN. Siempre de tí me acordaba...
¡créeme!

INÉS. ¿Y cómo no?
Dudarlo solo me daña:
hijo que á su madre engaña
muy infame ha de ser.

MAN. ¡Oh!
Diez años de tí alejado...
¡Diez años de eterno duelo
sin alcanzar el consuelo
de encontrarme aquí á tu lado!
¿Quién ausencia tal resiste
sin pena y dolor profundo?
¡Nadie, no; nadie en el mundo!
Yo, al ménos, estaba triste.

INÉS. ¡Ah! no me digas ya más...
¡me basta...! ¡Qué bueno eres!

MAN. ¡Te quiero tanto!...

INÉS. ¿Me quieres?
¡Pues no me dejes jamás!

MAN. Imposible...! Mi deber
me lo impide, madre.

INÉS. ¡Cielos!

MAN. He de partir mis desvelos
entre tí y otra mujer.

INÉS. (*Sorprendida y afectada.*)
¿Casado tal vez?...

MAN. No, madre:
es una linda criatura
tan graciosa como pura
que idolatra en mí y su padre.
(*Transicion.*)
El dia en que me perdí,
hallábame yo intranquilo
y un hombre me dió su asilo...
á su lado me instruí.
Mas era pobre tambien,
y viéndome ya instruido,
tomó el laudable partido,
atento solo á mi bien,

de procurarme una casa
donde estuviera sin pena,
y encontrómela tan buena
que es bello cuanto allí pasa.
Consideraciones tales
me tienen siendo criado,
que si fuera potentado
solo las gozara iguales.
Son padre é hija no más,
y se quieren tanto, madre,
que ella se mira en su padre
y él no la deja jamás.
Allí se pone por obra
la caridad más sublime:
aquello es un cielo.

INÉS. Dime;
¿son ricos?

MAN. Todo allí sobra.

INÉS. ¿Y cómo tú eres sirviente?

MAN. Yo te lo diré: á mi entrada
en la casa, era ignorada
mi instruccion, ténlo presente:
más cuando ya comprendieron
que á más aspirar podia,
á contar desde aquel dia
atenciones me tuvieron.
¡Dejarlos!... ¿Cómo pudiera
mereciéndoles favores,
causarles los sinsabores
que eso á los dos produjera?
Yo lo arreglaré de modo
que agradezcais mis oficios:
para ellos dos, mis servicios;
para tí, ¡el cariño todo!
¿Te parece?

INÉS. ¡Ah! ¡me encantas,
y me entusiasma el oirte!
No... no puedo yo exigirte
que pierdas virtudes tantas.
Vete con ellos... sí, sí...
Yo, Manuel, me quedaré,

y al cielo le rogaré
que mire siempre por tí.

MAN. (*Dando una mirada rápida por la bohardilla y con marcada tristeza.*)
¡Madre querida!

INÉS. (*Cariñosamente.*) ¡Hijo mio!

MAN. ¡Cuánta miseria!

INÉS. (*Con amargura*) No importa...
mi vida ya será corta...

MAN. (*Sobresaltado.*)
¿Qué dices?

INÉS. (*Procurando parecer alegre y con mucha turbacion.*) No... desvarío...
viviré... viviré mucho...
Ya verás cómo te engaño
¡Soy tan feliz!...

MAN. (*Aparte.*) ¡Me hace daño!

INÉS. ¡Qué!... no me escuchas?

MAN. Te escucho;
(*En esto se óye parar un coche á la puerta de la casa.*)
pero dices unas cosas
en medio de tu alegría,
que turban mi fantasía...
¡Qué ideas tan horrorosas!
(*Óyense pasos en la escalera.*)
Alguno sube.

INÉS. Tal vez
sea Jorge.

MAN. ¡Ah! ¿El anciano?

INÉS. Sí, el hombre sobrehumano
modelo de la honradez.
Por él no estoy desvalida.

PILAR. (*En la escalera cerca de la bohardilla.*)
No os separeis de mi coche
y aguardadme hasta la noche.
¿Entendeis?

VOZ. (*De hombre.*) Sereis servida.

MAN. (*Aparte.*)
Esa voz...

INÉS. (*Idem.*) Me hallo turbada.

MAN. (*Intranquilo notoriamente y bajando la voz.*
¡Ella es!

INÉS. ¿Qué es eso, dí?

MAN. (*Señalando el ángulo de la bohardilla, á la derecha de la puerta.*)
Escucha; me oculto allí.

INÉS. Pero, ¿qué te pasa?

MAN. (*Dirigiéndose precipitadamente á dicho ángulo.*) ¡Nada!

ESCENA IV.

INÉS.—MANUEL, *en el rincon.*

INÉS. No será malo encender
esta vela...
(*Coge un cabo de vela, lo enciende y lo fija en el suelo.*)
¿Quién será?
Su voz es voz de mujer
á quien debe conocer
mi hijo... mas aquí está.

ESCENA V.

INÉS.—PILAR.—MANUEL, *en el rincon.*

PILAR. (*Deteniéndose en el umbral de la puerta.*)
Buena mujer, perdonad
si turbo vuestro reposo.
¿Puedo pasar?

INÉS. Doloroso
me es veros aquí en verdad,
porque ya veis la pobreza
de esta pequeña bohardilla.

PILAR. (*Adelantándose y dirigiéndose á Inés.*)
La miseria á nadie humilla
y á veces prueba grandeza.

INÉS. Vos direis qué se os ofrece.

PILAR. Muy poca cosa, señora,

pues solo vine aquí ahora
á auxiliar al que padece.

INÉS. Muy bien llegada seais
si la tristeza os conduele
y á visitarme os impele
la desgracia que mirais.

PILAR. Me lastima el corazon
ver sufrir á mis iguales,
y quiero daros señales
de que os lo digo en razon.

INÉS. ¿Tan buena sois?

PILAR. No tan buena,
porque en ello hay egoismo.

INÉS. No os comprendo.

PILAR. Por lo mismo
debeis escuchar sin pena;
y empezad por no extrañaros
de mi sencillo lenguaje,
pues á pesar de mi traje
no pretendo deslumbraros.

INÉS. No tengo motivo alguno
que me autorice á creerlo,
y tan solo el suponerlo
fuera un supuesto importuno.

PILAR. La limosna es un deber
que el Señor al rico impone,
y el que á darla se dispone,
proporciónase un placer.

INÉS. ¿Sois un ángel?

MAN. (¿Qué dirá?)

PILAR. Aunque el oro no me sobre,
compadezco mucho al pobre
y le busco donde está.
Ya sabeis quién os visita;
una jóven que os aprecia,
y que de auxiliar se precia
al que auxilio necesita.

MAN. (¡Qué bondad!)

INÉS. (*Aparte.*) Estoy absorta.

PILAR. (*Alargando á Inés un bolsillo.*)
Aceptad, pues, este don

que os brindo de corazon...
la cantidad poco importa.

INÉS. (*Con marcada turbacion.*)
No sé si debo...

PILAR. (*Interrumpiéndola amorosamente.*)
Es preciso:
en vuestro estado, señora,
una oferta bienhechora
quizá es del cielo un aviso.
Tomadlo y no andeis reácia:
compráos lo necesario.

INÉS. (*Turbada siempre y sin tomar el bolsillo.*)
No creo que...

PILAR. (*Interrumpiéndola y dándola el bolsillo.*)
Lo contrario
fuera afrontar la desgracia.
Y advertid, buena mujer,
que respeto me inspirais.
(*Viendo que no lo toma, la dice con marcado interés.*)
Tomad, digo.

INÉS. (*Lo toma.*) Os empeñais
y os debo de obedecer.

PILAR. No sé qué veo yo en vos
que me atrae y me fascina.

MAN. (¡Oh! ¡Qué jóven tan divina!
¡Es un trasunto de Dios!)

PILAR. Sabedlo, mujer aún bella;
vá á cambiar vuestra suerte,

INÉS. (*Afligida.*)
Sí, cuando venga la muerte,
pues morir pronto es mi estrella.

MAN. (¿Qué dice mi madre?)

PILAR. (*A Inés.*) No;
no tan pronto, yo os lo fío,
que nunca el corazon mio
al hablarme me engañó.

INÉS. Ayer me importaba poco
el morir, y hoy, señorita,
solo el pensarlo me agita.

MAN. (¿Hará que me vuelva loco?)

INÉS. Diez años de lloro eterno
han marchitado mi téz:
diez años mortales, diez,
he padecido un infierno.
Figuráos que perdí
á un hijo que al fin hallé,
y si morir temeré
hoy que extasiada le ví.
¡Es tan bueno! ¡Tan hermoso!

PILAR. ¿Y dónde está?

MAN. (*Arrodillándose precipitadamente ante las dos.*)
A vuestro piés
y á los de su madre Inés. (*Se levanta.*)

PILAR. (*Altamente sorprendida.*)
¿Tú, Manuel? ¡Dios poderoso!

INÉS. (*A Manuel admirada.*)
¿La conoces?

MAN. Madre mia,
la conozco tanto y bien,
que á ser el mundo un Edén,
ella su gloria sería.

PILAR. Pero, Manuel, ¿estás loco?

INÉS. ¡Hijo mio!

MAN. Mira en ella
á la jóven pura y bella
de quien te hablaba hace poco.

PILAR. No seas adulador
despues de darme tal susto.

MAN. En lo que dije fuí justo
sin tributaros favor.

ESCENA VI.

PILAR.—MANUEL.—JORGE.

JORGE. ¡La paz esté aquí!

PILAR. (*Sorprendida, á Jorge.*) Buen hombre,
¿quién sois?

MAN. (*A Pilar.*) Señorita, un santo!

JORGE. (*Reconoce de pronto á Manuel y se arroja en sus brazos con vivísima efusion.*)
¡¡Manuel!!

MAN. (*Estrechándole en ellos fuertemente.*)
Enjuga tu llanto,
y el verme aquí no te asombre.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Quien mal anda mal acaba.

La misma decoracion del primer acto.—La escena pasa de dia.

ESCENA PRIMERA.

D. FERNANDO.—PILAR.

PILAR. Oye, papá; tu ya sabes
que nada rehusarme puedes,
porque ni soy caprichosa,
ni he sido nunca exigente
de cosas que no son justas
ó que pedirse no deben;
con que así prepárate
antes que la lengua suelte,
y haz un propósito firme
de decirme amén, ¿entiendes?
D. FER. Nada hasta ahora.
PILAR. Lo sé;
pero imaginarte debes
que instancia por mí suscrita,
has de decretarla en breve
con estas solas palabras:
«como Pilar lo pretende.»
D. FER. Niña, niña, poco á poco;

cuando el escrito presentes,
se estudiará despacito
para ver lo que procede.
Los trámites serán lentos,
ó rápidos... ya comprendes
que segun son los asuntos,
así cursarlos conviene.

PILAR. ¿Sabes que te vas volviendo
muy oficinista?

D. FER. ¿Cree
la autora de memoriales,
por ventura sorprenderme?
Vamos, explícate pronto,
pues con zozobra me tienes.

PILAR. Se hará como lo deseas,
y para más complacerte
empiezo. Aquella mujer,
es persona muy decente.

D. FER. Pero, ¿qué mujer?

PILAR. Papá;
¡qué poca memoria tienes!
¡La mujer de la bohardilla!

D. FER. (*Como recordando.*)
¡Ah! ya...

PILAR. Pues ahora atiende
y verás qué pensamientos
á mi cabeza se vienen.
Seis dias hace que estamos
sin ama de llaves, y ese
es un cargo en una casa
como ésta, que es muy prudente
confiarlo á una mujer
tan buena como era Irene.

D. FER. Por esa misma razon
voy siendo muy negligente
para el reemplazo. Ya vés
de qué manera se avienen
tus ideas con las mias;
y mientras que no se encuentre
una mujer de su edad,
de una conducta excelente,

con un pasado muy digno,
que la reemplace no esperes.
Son muy grandes las razones
que á pensar así me impelen,
y estoy seguro que tú
opinarás igualmente.

PILAR. Sí, papá, del mismo modo;
no seré yo quien repruebe
tu prevision y buen juicio.
¡No faltaba más!

D. FER. Corriente...
¡Si está de Dios que nosotros
estemos de acuerdo siempre!

PILAR. Pero es el caso que ahora
es muy fácil que te encuentre
una ama de llaves buena
como á esta casa conviene.

D. FER. Lo dudo.

PILAR. ¿Sí? Pues la hallé.

D. FER. ¿La hallaste, dices?

PILAR. Atiende.
La pobre que he visitado
con permiso tuyo, tiene
las mejores condiciones
que imaginártese pueden,
y ninguna mejor que ella
para servirnos: no pienses
que te engaño, y desde luego
espero que me contestes
otorgándome tu vénia
para traértela.

D. FER. Quieres
protegerla; ya está visto;
y temo que esto te ciegue
hasta el punto de no ver,
que á veces no es conveniente
auxiliar hasta ese extremo
á una infeliz que padece
acaso por culpa suya:
piénsalo bien.

PILAR. Pruebas tienes

de que nunca doy motivos,
papá, para reprenderme,
ni para dudar siquiera
de que en cuanto te aconseje,
ha de mediar una causa
tan justa como prudente.

D. FER. No te lo niego, y es más;
he llegado á convencerme
de tu buen acierto.

PILAR. Gracias
y continúo.

D. FER. Sé bre ve.

PILAR. Esa mujer que decia,
tendrá aproximadamente
cuarenta años y es madre,
¿de quién dirás?

D FER. De quien fuere;
¿qué sé yo?

PILAR. Medita un poco.

D. FER. Pero, niña; ¿cómo quieres
que á preguntas tan capciosas,
con acierto te conteste?

PILAR. Tienes razon, es difícil,
y es necesario que cese
en mi pretension supuesto
que es pregunta impertinente.

D. FER. Conforme y al grano, ¿oyes?

PILAR. No quiero que te impacientes.

D. FER. Pero si nunca concluyes
y me tienes en un brete.

PILAR. Pues allá vá y no te admires:
lo es de Manuel.

D. FER. No sueñes;
¿cómo es posible?...

PILAR. (*Interrumpiéndole.*) Lo es,
y de ello has de convencerte.
Si no estuviera segura
no lo afirmaría.

D. FER. ¿Crees
que esa mujer pordiosera...?

PILAR. Es madre del que proteges,

y no puedes figurarte
cuánto los dos se parecen.

D. Fer. ¡Es admirable...!

Pilar. ¡Si vieras
con qué cariño se quieren!

D. Fer. Es natural.

Pilar. Y es el caso
que esa mujer tambien tiene
una hija... ¡Pobre madre!
Ignora á lo que parece
su paradero y la llora,
y por hallarla se muere.
(*Pausa corta.*)
Con que, ¿me das tu permiso
para traerla?

D. Fer. Lo tienes.

Pilar. Pues hoy mismo voy por ella.

D. Fer. ¿Hoy mismo?

Pilar. Sin detenerme.
¡Ya verás!
(*Tira del cordon de una campanilla.*)

D. Fer. ¡Qué impetüosa
en todas tus cosas eres!

ESCENA II.

D. FERNANDO.—PILAR.—MANUEL.

Man. ¿Qué mandais?

Pilar. Que sin tardanza
dispongas que se me arregle
la berlina, y vuelvas.

Man. Voy.

ESCENA III.

D. FERNANDO.—PILAR.

Pilar. ¡Como pienso sorprenderle!

D. Fer. ¿Qué intentas?

PILAR. Que me acompañe
y no sepa hasta que llegue
la ocasion, el pensamiento
que allí me lleva.

D. FER. ¡Excelente!

PILAR. ¿Verdad, papá, que obro bien?

D. FER. Sin duda; tu obras bien siempre:
negarlo fuera injusticia.

PILAR. Ya tarda.

D. FER. Estás impaciente,
y hace un momento no más
que lo ordenaste.

PILAR. ¿Qué quieres?
Las acciones de esta clase
nunca retardarse deben.
(*Como recordando.*)
¡Ah! me olvidaba. Un anciano
que á aquella mujer protege
pidiendo limosna, quiero
que venga tambien... ¿consientes?

D. FER. En todo... ¿Qué más deseas?

PILAR. Nada más.

D. FER. Pues no te quejes
si no concedo más gracias,
que más fueran si pidieses.

ESCENA IV.

D. FERNANDO.—PILAR.—MANUEL.

MAN. La berlina está á la puerta
con el cochero.

PILAR. (*A Manuel.*) Está bien.
Me voy á ver á tu madre.

MAN. (*Admirado.*)
¿Otra vez?

PILAR. Sí, otra vez,
¿qué te extraña?

D. FER. (*A Manuel con misterio y satisfaccion notoria.*)
Ya verás

qué sorpresa.

PILAR. Tú, Manuel,
te vienes conmigo.

MAN. (*Afectado y gozoso.*) ¿Yo
en la berlina?

PILAR. Sí, ¿y qué?

MAN. ¡Tanta bondad!

D. FER. (*A Manuel.*) No te admires
pues algo más has de ver.

PILAR. (*Idem.*)
Marchemos.

MAN. (*Aparte.*) Estoy confuso.

PILAR. (*A D. Fernando.*)
A Dios, papá.

D. FER. Id con él.

ESCENA V.

D. FERNANDO.

No he visto jóven como ella:
solo piensa en hacer bien
sin ver en la caridad
más que un extricto deber.
Tiene un corazon tan noble,
tan puro, que en cuanto vé
una desgracia cualquiera,
endúlzala á su placer.
Ella es mi dicha... sin ella,
¿qué fuera este mundo, qué
para mí? Todo un infierno
de afanes, de luto y hiel,
pues juventud que fué mala
nunca dió buena vejez.
Soy rico, ¿y qué? tengo oro...
tengo un tesoro en papel,
y mi existencia la paso
con lujo y esplendidez...
más, ¿qué importa si no tengo
la salud que he menester...
si mis dias se consumen

entre pared y pared,
sujeto por las dolencias
de una enfermedad cruel?
(*Transicion.*)
Bien mirado... soy injusto
en lamentarme, porque
si es verdad que sufro tanto,
tengo ilusiones tambien...
¿Y cómo no, si Pilar
me hace una gloria entrever
con su virtud sin mancilla,
con su gracia y sencillez?
Ella jamás me abandona,
ni concibe otro placer
que idolatrar en su padre
y hacer á los demás bien.
¡Dios mio! Si ella supiera
del hombre que la dió el sér
los desmanes juveniles
y su proceder cruel...
entonces... ¡ah! de seguro
se convirtiera en mi juez,
y acaso me abandonara...
¡pero no!... ¡no puede ser!
(*Paussa corta.*)
¡Bien me ha castigado Dios
con esta enfermedad, bien!
¡Bien mi conciencia me dice
que pérfidamente obré!
(*Se reclina en el sofá en actitud de dormirse, y despues de breves momentos continúa.*)
¡Qué mundo este! ¡Qué mundo!
No hay desgracia sin placer,
ni placer sin amargura...
¡Todo está mezclado en él!
(*Se oye sonar una campanilla.*)
¿Llaman? Sin duda será
mi buen amigo José.
(*Vuelve á oirse la campanillla.*)
¡Cuánto tardan en abrir!
¡Mal haya su pesadez!

ESCENA VI.

D. FERNANDO.—D. JOSÉ.

D. José. Es imposible encontrar
otro que esté tan bien quisto
con Morfeo, como tú:
siempre te encuentro dormido.
Así la vida se pasa
sin penas ni regocijos,
y no sé como durmiendo
has llegado á hacerte rico.
Bien es verdad que la suerte
tan de cara te ha venido,
que sin buscarla te acosa
como si fueras su hijo.
D. Fer. ¡Cuantos negocios emprendo
me salen bien...!
D. José. Eso digo.
Empezaste por el juego,
y con el monte maldito
no hubieras hecho fortuna
porque eras muy poco listo.
No así con la lotería
que te endosó el primer pico
de tres millones.
D. Fer. Cabales.
D. José. Y fué un solemne principio.
D. Fer. Despues con la Bolsa...
D. José. Ya;
y siempre sus atractivos
brindándote los negocios
y los azares: de fijo
tragiste al mundo la estrella
que estrella á tantos sin tino.
Yo me alegro, al fin y al cabo
eres mi mejor amigo,
y... ¡qué diantre! nosotros
no tenemos tuyo y mio.
Y á propósito... presumo
que habrás mi encargo cumplido

interesando á Pilar
en pró de Daniel mi hijo.

D. FER. Hombre, sí, ayer la hablé.

D. JOSÉ. Supongo que habrá admitido.

D. FER. Supones mal; no le acepta.

D. JOSÉ. ¿Te chanceas?

D. FER. Lo que digo.

D. JOSÉ. Permíteme que lo dude:
no se desprecia un partido
como ese tan fácilmente;
porque Daniel es muy fino,
jóven, con buena instruccion,
y por apéndice, rico.

D. FER. Así y todo, no hay de qué;
convencerla no he podido
á pesar de mis esfuerzos.

D. JOSÉ. Pues, hombre, no me lo explico:
Bien poco habrás trabajado
con el fin de conseguirlo.

D. FER. Mucho.

D. JOSÉ. ¡Imposible!

D. FER. No creas,
pero es verdad lo que afirmo.

D. JOSÉ. ¿Y en qué se funda?

D. FER. No sé.

D. JOSÉ. Esto sería ridículo.
Para oponerse á un enlace,
hay que alegar un motivo
más ó ménos atendible,
y el de ella. . ya lo imagino.

D. FER. ¿Qué piensas?

D. JOSÉ. Que tu Pilar
debe tener su Narciso.

D. FER. No disparates, José,
porque es más noble el motivo.
Y supuesto que eso crees,
considero ya preciso
manifestarte la causa
de no rendir su albedrío
al jóven que la ofrecí
y elogié con tanto ahinco.

D. José. Explícate, pues.
D. Fer. Escucha:
ella no tiene cariño
más que á su padre y alega
que no tomará marido,
por más que en ello me empeñe,
mientras viva yo.
D. José. Está visto;
entonces es que no tiene
ni un átomo de juicio.
D. Fer. Hombre, no digas...
D. José. ¿El qué?
Tan solo la verdad digo.
¿Pues no conoce que tú
puedes vivir medio siglo,
y que al llegar á ser vieja
no le valdrán artificios,
ni dinero, para hallar
tan fácilmente marido?
D. Fer. No hay medio de convencerla
por más que sienta decirlo.
D. José. ¿Decididamente no?
D. Fer. No hay de lograrlo ni indicios;
y en su virtud, Barconida,
á hablarla más no me obligo.
D. José. Yo tengo empeño en que sí.
D. Fer. Que no lo haré, te repito.
D. José. Me tienes incomodado
porque eres un mal amigo
que pudiendo no me sirves,
y que me sirvas exijo.
D. Fer. ¿Quiéres acaso que yo
su voluntad tuerza indigno
conociendo tan á fondo
su carácter, como el mio?
Ha dicho que nó una vez
y cien seguirá lo mismo.
No seas terco, desiste.
D. José. Si se atreviera mi hijo
á oponerse á mis deseos,
¡le habia de hacer añicos!

D. Fer. ¡Qué bárbaro!
D. José. ¡Qué carácter!!
D. Fer. Pues yo de otro modo opino,
sin que esto sea razon
para que riñamos.
D. José. ¡Digo!
¡El asunto es para ménos
despues de los mil servicios
que te he venido prestando
desde que á Madrid vinimos!
D. Fer. No he de negártelos yo,
que siempre te he agradecido
tu afecto y desinterés
D. José. ¡Se conoce!
D. Fer. Pero, amigo,
¿qué quieres? No siempre todo
está del hombre al arbitrio.
D. José. Ni siempre lo que se dice
es verdad, y de eso mismo
la prueba más concluyente
me acabas de dar. ¡Me irrito
al observar el mal premio
que dás á mis beneficios!
D. Fer. ¡Hombre! ¡Hombre!
D. José. (*Incomodado.*) ¿Quita allá!
D. Fer. Estás hecho un basilisco.
D. José. ¿Quién te ha salvado el honor
más que yo? dí. ¿Quién el lio
de tu querida con Luis
descubrió? ¿No fuí yo? Dilo.
No lo negarás, sin duda.
Además, si hoy eres rico,
¿no me lo debes á mí
que al contemplarte perdido
por tus infinitas deudas,
te aparté del precipicio
en que te hallabas, expuesto
á caer en el abismo?
D. Fer. Debia unos diez mil duros
que habia al juego perdido,
y dejé á los acreedores

sin su dinero...

D. José. Y preciso
era huir.

D. Fer. O no lo era,
porque en mi pobre juicio,
el que pudiendo no paga
obra igual que los bandidos.

D. José. Eran tus deudas del juego;
no lo olvides.

D. Fer. No lo olvido;
perdí bajo mi palabra
y falté á ella.

D. José. (*Irónicamente.*) ¡Me rio...!

D. Fer. Ríete, mas yo te juro
que hace tiempo he concebido
la idea de reintegrarles
de ese dinero.

D. José. ¡Delirio!

D. Fer. Me lo hé propuesto y será;
tú verás: lo dicho, dicho.
Así pudiera en buen hora
reparar otros perjuicios
causados por mí, que entonces
viviria más tranquilo.

D. José. ¿Pretendes...?

D. Fer. Oyeme, Pepe.
Hoy que me encuentro tan rico,
y aunque no viejo, achacoso,
recuerdo los extravíos
que tuve en mi juventud
y... no me importa decirlo:
me remuerde la conciencia.

D. José. ¡Ta! ¡Ta! ¡Ta! ¿Conciencia has dicho?

D. Fer. La conciencia, sí, ¡pues qué!
¿Faltan para ello motivos?
El engañar á una jóven;
robar la honra á un marido;
calumniar á un inocente;
abandonar á los hijos;
dejar de pagar las deudas
por un tiempo indefinido;

y en fin, no hacer obra buena
y encenegarse en los vicios,
¿crees tú que no es bastante
para adquirir el martirio
de un torcedor que nos mate
como espada de dos filos?
¿Crees tú...?

D. José. Creo, Fernando,
que dices mil desatinos
y que te importa calmarte
dando el ayer al olvido.
Desecha preocupaciones
y á vivir.

D. Fer. Yo no concibo
como tú...

D. José. (*Incomodado.*) ¡Bien; déjame!
(*Se sienta en una silla volviendo casi por completo la espalda á Fernando, y se pone á leer un periódico que saca del bolsillo*)

D. Fer. (*Tendiéndose en el sofá.*)
¡Que génio tienes más vivo!
Pues mira, yo...

D. José. (*Con satisfaccion y aparte.*)
¡Oh! ¡me alegro!
¡Si se quedara dormido!

D Fer. Solo tumbado estoy bien
y con provecho cabilo.
(*Momentos de silencio, y luego empieza á roncar D. Fernando.*)

D. Jose. ¡Qué ocasion más oportuna
me está brindando el destino!
Si yo pudiera... Fernando
siempre ha tenido conmigo
gran confianza y... no hay duda...
sería un golpe atrevido
por lo inseguro... La caja
está ahí... (*Señalando la puerta primera de la izquierda.*)
sí... ahí mismo...
¡Qué felicidad!... Él duerme
y no sospecha... ¡bendito!

(*Se dirige á la puerta del fondo andando de puntillas, y la cierra procurando que no rechinen los goznes.*)

D. Fer. (*Soñando.*)
¿Infame?... ¡no!... ¡no!

D. Jose. (*Con alegría satánica.*)
¡Oh, sueña!

D. Fer. (*Soñando.*)
Los consejos... un amigo...

D. Jose. Sí, yo te aconsejaba; yo
me interpuse en el camino
de la honradez que seguias,
y te arrastré al precipicio.
Yo he pervertido tu alma...
yo te encaminé á los vicios
con el fin de distraerte
y conseguir mis designios;
pero, nada... ¡la virtud
pudo más que mi delito!
Supliqué... rogué... ofrecí...
amenacé y... ¡delirio!
Mis súplicas no se oyeron;
mis ruegos fueron perdidos;
mis ofrecimientos vanos;
mis amenazas, motivo
para insultarme la bella
que amaba con desvarío...
¡Ah! ¡me vengué!...

D. Fer. (*Soñando.*) ¿Malo?... ¡no...!
¿Barconida?... ¿él?... ¿mi amigo?

D. Jose. Oigamos.

D. Fer. (*Idem.*) Sí... como quieras...
¿Secreto...? Luis...

D. Jose. ¿Luis dijo!
¿Secreto?... El de la caja...
no hay duda, se lo he cogido.
Cuatro letras son... sí, cuatro...
¡Cómo cayó en el garlito!
(*Pausa corta.*)
Me hubiera dado á Pilar
para Daniel mi hijo,

y no intentara robarle;
pero ahora, ¿qué vacilo?

(*Se dirige hácia la puerta en que se supone existir la caja, y penetra precipitadamente por ella, aunque con mucha precaucion para que no se oigan las pisadas.*)

D. Fer. (*Sigue soñando.*)
Si muero... el secreto es...
Pilar... no lo olvides... mito.

(*Se oye una gran detonacion dentro del gabinete en que entró José, é instantáneamente la voz moribunda de éste que pronuncia una exclamacion, al mismo tiempo que figura caer un cuerpo desplomado.*)

D. Jose. ¡Oh!

D. Fer. (*Se despierta y levanta gritando desaforadamente andando por el escenario como un loco.*)
¡Ladrones! ¡Fuego! ¡Fuego!
¡Ladrones!... ¡Fuego!... ¡Asesinos!

(*Maquinalmente se dirige al lugar de la catástrofe, se detiene en su umbral, y exclama despavorido.*)
¡Muerto, gran Dios! Es José
que me robaba... ¡¡¡maldito!!!

(*En esto se oyen voces y pasos de gente que vá por la casa, y de algunos que suben por la escalera llamando á la puerta.*)

Una voz. ¡Abrid! ¡Abrid!

Otra. ¡La justicia!

(*D. Fernando todo trastornado se dirige á abrir la puerta del fondo.*)

D. Fer. ¡Quién lo creyera, Dios mio!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Mas vale tarde que nunca.

Salon bien amueblado con puerta grande al fondo y otra á la izquierda del escenario.

ESCENA PRIMERA.

D. FERNANDO.—PILAR.

PILAR. Pues oye, tuviste suerte
y te felicito.
D. FER. En broma,
si muere sin declarar,
por de pronto me aprisionan.
Poco vivió y sin embargo
salieron aun de su boca
ante el Juez y los testigos,
declaraciones que asombran.
PILAR. ¿Qué dijo? dí.
D. FER. Cosas tales
que horripilaban.
PILAR. ¿Qué cosas?
D. FER. En primer lugar nos dijo,
y en las diligencias consta,
que al ver negada tu mano
para Daniel, sin demora
pensó en robar mis caudales
y legarme la deshonra.

PILAR. ¿Cómo?
D. FER. De un modo cruel
que imaginarlo abochorna.
PILAR. Explícate.
D. FER. Quiso vil
llevarte á tierras remotas,
valiéndose para ello
de endurecidas personas
que acostumbradas al crímen
y á todo lo malo prontas,
se apoderasen de tí
de una manera ó de otra,
aunque necesario fuese
derramar mi sangre toda.
PILAR. ¿Pero hay hombres tan malvados
que ejecuten tales obras
por solo el gusto de hacerlas
sin que á su conciencia oigan?
D. FER. Los hay que por el dinero
á cuanto es vil se acomodan;
y Don José con el mio
tenia á este fin de sobra,
pues el que existe en mi caja
comprende que no es bicoca.
PILAR. ¿Sabes, papá, que el amigo
se portaba bien?
D. FER. Me atontan
las palabras que aún resuenan
en mis oidos con honda
sensacion, pues son palabras
que como letal ponzoña
salian á borbotones
de aquella maldita boca.
PILAR. Ya te lo decia yo
que era malo.
D. FER. Sin lisonja
es mi deber confesarte
que estabas justa de sobra
cuando recelos mostrabas
de esa hiena venenosa,
induciéndome constante

á dejar la amistad rota.

PILAR. ¡Y aún pretendia el malvado
que diera mano de esposa
á Daniel!

D. FER. Ese era un plan
fraguado en su mente loca,
que los cabellos me eriza
y de coraje me ahoga.
Él lo confesó.

PILAR. ¿Lo cuentas?

D. FER. No esperes de mí tal cosa.

PILAR. ¿Misterios?

D. FER. Son necesarios
cuando ellos son de tal monta,
que á los oidos de un ángel
no deben llegar.

PILAR. Me enojas
con ese lenguaje.

D. FER. Cree
que debo usarlo.

PILAR. En buen hora;
cállalo, pues, y no digas
que soy por demás curiosa.

D. FER Si tú supieras tambien
que otros recuerdos me acosan
por varias revelaciones
referentes á mi historia
que nos hizo poco antes
de llegar su última hora,
maldecirías tal vez
al padre que hoy tanto adoras.

PILAR. Eso nunca.

D. FER. Sí, Pilar:
yo así lo creo.

PILAR. Me asombras
y confundes.

D. FER. Hija mia;
mi juventud borrascosa
me hizo cometer locuras
que hoy al corazon agobian,
conduciéndome á la tumba

preso de horribles congojas.
Y aunque las más fueron solo
de la inexperiencia propias,
sin trascendencias fatales,
en cambio cometí otras
que hoy me destrozan el alma
porque sé la verdad toda.
¡Nunca dijera el malvado
sus fechorías traidoras
para alejarme de un ángel
que debiera ser mi gloria,
y no sufriera el tormento
que hará mi vida horrorosa!
¡Malditos amén aquellos
que solo en el mal se gozan!

PILAR. Si no te explicas mejor
no te comprendo.

D. FER. Ni importa:
deja, Pilar, que lamente
mi crueldad y su memoria.
Deja que sufra el castigo
de una falta vergonzosa
que atormentándome está.

PILAR. Tú que de franco blasonas
para conmigo, ¿hoy me ocultas
secretos que tanto importan?

D. FER. Cúmpleme así.

PILAR. Sin embargo...

D. FER. No he de contarte una historia,
que tiene puntos tan negros
como son negras las sombras.

PILAR. ¿Pero tuya?

D. FER. Sí, Pilar;
es mia y de otras personas.
Yo el protagonista fuí
y hoy lamentarlo me toca.
Mas aquí viene Manuel
con el viejo.

PILAR. (*Disgustada.*) ¡A mala hora!

ESCENA II.

PILAR.—D. FERNANDO.—MANUEL. —JORGE.

(El último entra apoyándose en su cayado, y se coloca á la derecha del escenario á bastante distancia de los demás, y en actitud meditabunda.)

MAN. ¡Don Fernando!
D. FER. ¿Qué se ofrece?
MAN. Ahí en la sala os aguardan
el Escribano y el Juez.
PILAR. *(Sobresaltada.)*
¿Qué quieren?
D. FER. No temas nada.
Vienen á que ratifique
cuanto declaré en la causa
y voy; no quiero que esperen.
Luego vuelvo. *(Se vá.)*
PILAR. *(Observando que se retira tambien Manuel, le dice.)* No te vayas.

ESCENA III.

PILAR.—MANUEL.—JORGE.

(El último continúa en la misma actitud de la escena anterior.)

MAN. ¿Mandais algo?
PILAR. Escúchame.
MAN. Decidme lo que os convenga.
PILAR. Tu madre es muy especial
y bueno será que sepa,
que es preciso que mi padre
esta mañana la vea.
MAN. ¡Es tan vergonzosa...!
PILAR. Sí,
comprendo bien que la afecta
encontrarse en una casa
suntüosa como es ésta,
despues de su postracion

y lamentable miseria;
pero nada hay en el mundo,
ni lo habrá, que eterno sea.
Ayer estaba sumida
en la mayor indigencia,
y hoy cambiará por completo
su situacion lastimera.

MAN. ¡Cuánto os debemos!

PILAR. Muy poco
y no hay por qué lo agradezcas.
Hago el bien por hacer bien
y de ello estoy satisfecha,
pues nada complace tanto
como la propia conciencia.
Así obro y así pienso.

JORGE. (¡Con qué talento se expresa!)

MAN. Creed que nuestro cariño
no tendrá fin.

PILAR. Bien, pues sea,
más procura que tu madre
á sus pesares dé trégua,
y sobre todo que aleje
eso que llama vergüenza
y que en resúmen es solo
un respeto que me afecta,
y que no debiera usar
en vista de mi franqueza.

MAN. Lo comprendo así.

PILAR. Vé y dila
que Pilar aquí la espera.

JORGE. (¡Pilar?)

MAN. Así, pues, lo haré
con la mayor ligereza,
gozoso en poder serviros
y ansioso de que me atienda.

PILAR. Díla tambien que mi padre
tiene afán por conocerla,
movido por los informes
que en puridad le dí de ella.

MAN. Lo haré así.

PILAR. Díla asimismo

para más satisfacerla,
que mi papá me idolatra
y nada jamás me niega,
por cuya razon tendrá
cuanto ofrecérsela pueda
sin pesares que la abrumen,
en cuanto posible sea
remediarlos, y por tanto,
que ahuyente de sí las penas.

MAN. ¡Oh! ¡gracias!

PILAR. Y, finalmente;
que la digas me interesa,
y esto lo exijo de tí
como singular fineza,
que desde hoy contar puede
con una amiga sincera
y leal.

MAN. ¿No mandais más?

PILAR. No, Manuel.

MAN. Pues voy por ella.

ESCENA IV.

PILAR.—JORGE.

JORGE. (*Dirigiéndose á Pilar con la precipitacion que sus fuerzas le permiten.*)
¡Oh, señorita! ¡Cuán grande
es la caridad discreta,
que huye del mundo el aplauso,
y solo al pobre se muestra!

PILAR. (*En tono de reconvencion.*)
¡Jorge...!

JORGE. Perdonadme, os ruego,
si con natural franqueza,
sumiso y respetuoso
os hablo de esta manera,
entusiasmado de oiros.

PILAR. Podeis hablar con llaneza,
que no es mejor el lenguaje
porque más limado sea.

JORGE. ¡Está de Dios que no os oiga
más que profundas sentencias!
PILAR. *(Como ofendida.)*
No tanto, ¿oís?
JORGE. Mucho más
podría expresar mi lengua
si no temiera ofender
vuestra sin igual modestia.
PILAR. La alabanza...
JORGE. *(Interrumpiéndola.)* Señorita;
este anciano que se precia
de decir verdades solo.
jamás con servil bajeza
permitirá que sus lábios
pronuncien palabras huecas
que puedan atribuirse
á una adulacion rastrera.
Mas dispensadme, por Dios,
si os hablo con tal rudeza,
pues de vos agradecido
y encorbándome á la tierra,
quiero mostraros el alma
que como al cielo os venera.
PILAR. Dispensado estais, buen Jorge,
pero os encargo la enmienda.
JORGE. ¡Ay, Pilarcita! Si vos
mi gratitud comprendiérais,
no me privárais así
de exponeros cuanto sienta.
PILAR. ¿Privaros? ¿Estais en vos?
He modulado una queja
por alabanzas injustas,
aunque las juzgue discretas,
que dirigiéndoos á mí
prodigásteis á docenas.
Esto es todo, y me hace daño
que á mal tomeis la advertencia.
JORGE. Nunca pagaros podré
la satisfaccion inmensa
que vuestra noble conducta
me proporciona, y es fuerza

que en el pecho no se quede
sin revelarlo la lengua,
un placer que vale tanto...
un goce que el alma llena.
Y no creais, señorita,
que por mi ventura sea.
pues los bienes ni los males
nada me afligen ni alteran.
Me alegro por esa pobre
que hace tantos años pena
sufriendo mil privaciones
y que de llorar no cesa.
¡Infeliz! ¡cuánto ha sufrido!
¡cuánto que sufrir la queda!

PILAR. ¿Todavía?

JORGE. Eternamente:
no hay bálsamos en la tierra
que cicatricen las llagas
que su corazon laceran.

PILAR. ¿Quién sabe? El tiempo tal vez
mitigue su pena acerba.

JORGE. La madre á quien arrebatan
pedazos de su existencia,
no vive más que por ellos;
nada jamás la consuela.

PILAR. Puede encontrarlos.

JORGE. ¡Ah! sí;
pero ínterin no suceda,
proseguirá la inquietud
y el malestar que la aqueja.

PILAR. Ayer lloraba por dos
y una feliz coincidencia...

JORGE. Sí; la ha devuelto á Manuel,
pero no á su niña bella.

ESCENA V.

PILAR.—JORGE.—MANUEL.—INÉS.

(*Los dos últimos entran cogidos del brazo.*)

PILAR. (*Dirigiéndose á Inés muy afectuosa.*)

Gracias á Dios que se os vé.
¿Os hacemos miedo acaso?

INÉS. *(Soltando el brazo de Manuel.*
¡Ah, señora!

PILAR. Es que en tal caso,
de veras lo sentiré.
No hace dos horas que os dije,
y espero no lo olvideis,
que en esta casa estareis
como querais.
(Inés suspira y levanta los ojos al cielo.)
¿Qué os aflige?
Papá no me niega nada,
y todo su afan estriba
en que alborozada viva
con felicidad colmada.
Por esto al hablarle ayer
de vos y el señor, me dijo:
«Pues siendo Manuel su hijo,
y ella tan buena mujer,
hazla venir sin demora;
y supuesto, como sabes,
que nos falta ama de llaves,
cargo que á nadie desdora,
se lo encomiendas si quieres.
De esta manera trabaja,
no se la humilla y rebaja,
y acaban sus padeceres.
Y con respecto á ese anciano
de tan noble corazon,
le dices que en galardon
yo le tenderé mi mano.»

INÉS. ¿Cómo pagar, señorita,
un servicio tan inmenso?
Cuanto más en ello pienso
y en vuestra primer visita,
más mi razon se oscurece,
y ménos comprendo el modo
de haber salido así todo
apenas mi hijo aparece.
¿Cómo explicarme tambien

el cariño que hallo en vos?

JORGE. ¡Por la grandeza de Dios,
que es, Inés, el sumo bien!
Habeis padecido tanto,
y tanto le habeis servido,
que por fin compadecido
mitiga vuestro quebranto.

PILAR. Tiene razon el buen viejo,
y es de admirar su experiencia.

JORGE. Me lo dicta la conciencia,
pues con el a me aconsejo.

MAN. Y en verdad que es lo mejor.

PILAR. Nunca engaña!

JORGE. Ni nos vende.

MAN. Ella á nuestro bien atiende
y nos guia hácia el honor.
Yo, al ménos, lo creo así.

INÉS. Porque eres bueno: tu padre
si acaso viviera...

MAN. (*Interrumpiéndola.*) Madre...
¡nunca existió para mí!
¡No lo mientes!

PILAR. ¿Por qué no?

INÉS. Cuando criaba á Manuel,
su padre, ingrato y cruel,
se fué y nos abandonó.

PILAR. ¡Vil comportamiento tuvo!

JORGE. ¡Y siendo tan buena ella!

PILAR. Mala, Inés, fué vuestra estrella,
y él harto ligero anduvo.

INÉS. Infeliz... desesperada,
y sin recursos, contad
cuál seria mi ansiedad
viéndome aún calumniada.
Y lo que más me afligía
y más me afectó, señora,
es que se llevó en mal hora
á una niña que tenia.
¡Ah! Yo no puedo expresar
lo acerbo de mi tormento,
en el terrible momento

de encontrarme sin Pilar.

PILAR. ¿Se llamaba como yo?
¡Qué casualidad!

JORGE. Lo es.
(¿Será la hija de Inés...?
¡Pero no es posible, no!)

INÉS. Era mi niña tan bella,
tan blanca, rubia y graciosa,
tan linda y tan amorosa,
que mi bien cifraba en ella.
¡Infortunada criatura!

MAN Cálmate, madre.

PILAR. (¡Infeliz!)

INÉS. ¡Sin cometer un desliz
legarme tanta amargura!

PILAR. Mi inteligencia no alcanza
un proceder tan artero
siéndole fiel.

JORGE. Por entero;
este anciano lo afianza.
Inés en él adoraba
cifrando en ello su dicha,
en tanto que la desdicha
en su contra trabajaba.
Un hombre infame y traidor
que su virtud conocía,
deshonrarla pretendía
brindándola con su amor;
mas por ella rechazado
con admirable entereza,
horrible venganza empieza
que antes la había jurado.

MAN. ¡Infame!

PILAR. (*A Jorge.*) Seguid.

JORGE. No sé
cómo explicaros por partes
de ese hombre las malas artes.

Mej ~~PILAR~~. (*Afligida y ruborizada.*)
¡Oh, Jorge!

MAN. (*A Pilar.*) Yo os lo diré:
ese traidor miserable,

hizo á mi padre creer
que su inocente mujer
era de amores culpable.
Y entonces... sin más razon
nos dejó. Esta es la historia
aferrada en mi memoria
y causa de mi afliccion.

PILAR. Infamia fué en realidad.

MAN. Yo ignoro aún de aquel hombre
el apellido y el nombre
á pesar de su maldad.
Nunca saberlo he podido:
mi madre, no sé por qué,
me lo oculta.

INÉS. Don José
se llamaba.

MAN. (*Ansioso.*) ¿El apellido?

INÉS. Barconida.

MAN. ¿Estás segura?

PILAR. (*A Inés con viva agitacion.*)
¡Oh! Repetidlo otra vez,
que al saber tanta doblez,
el alma quién es me augura.

INÉS. Sí; Barconida.

PILAR. ¿José...?

INÉS. El mismo.

PILAR. (¡Gran Dios! ¿Qué oí?
¡Él era el villano, sí!)

JORGE. (*Saca una cartera del bolsillo, y extrayendo de ella un papel vá á entregárselo á Manuel, diciéndole al mismo tiempo.*)
Toma ya.

PILAR. (*Arrebatándoselo de la mano á Jorge cuando iba á tomarlo Manuel.*)
Yo lo leeré.
¿Sabeis quien era el malvado
causante de vuestro duelo?

MAN. ¡Oh! decid.

PILAR. Ayer el cielo
su perfidia ha castigado.

MAN. (*Siempre con agitacion.*)

¿El ladron acaso?

PILAR. Sí.

INÉS. Nada entiendo.

MAN. (¡Me confundo!)

JORGE. ¡Todo se paga en el mundo!

PILAR. El que ayer se mató aquí
por robar á mi papá,
era el villano impostor.

JORGE. (*Como herido por una idea, y dirigiéndose á Pilar.*)
¿Barconida?

PILAR. Sí, señor;
la tumba le guarda ya.

JORGE. Pero ese hombre. . decid,
y mi interés no os asombre,
ese maldecido hombre,
¿residía aquí en Madrid?
¡Contestad!

PILAR. Hacía tiempo,
y era de mi padre amigo.

JORGE. (*Turbado.*)
Bien, sí... bien...
(No sé qué digo
y me temo un contratiempo.)

MAN. (*A Jorge.*) Calmaos:

JORGE. Estoy turbado
y mi razon se extravía.
(*A Pilar.*)
¡Leed! ¡Leed!

MAN. (*A Inés cariñosamente.*) ¡Madre mia!
Ya nos favorece el hado.

ESCENA VI.

DICHOS.—D. FERNANDO.

(*Éste aparece en la puerta de la izquierda y se detiene en su umbral.*)

D. FER. (Desde aquí observarla puedo.)

PILAR. ¿Leo, Inés?

D. FER. (¡Inés! ¿qué escucho?)

(*Inés solloza y se enjuga las lágrimas con un pañuelo.*)

PILAR. ¿Sollozais?

INÉS. ¡Padezco mucho!

D. FER. (*Como reflexionando*)
(Lo he pensado bien: ¡¡me quedo!!

PILAR. (*Lee.*)
«Inés: de saber acabo
»con extrañeza y dolor,
»que has entregado tu amor
»á Luis Pinilla Bravo.
«Pensé quitarle de en medio,
»pero desisto y me alejo;
»y si con pena te dejo,
»no hallo más útil remedio.
»Cuando tanto amor jurabas,
»villanamente mentías,
»y otro cariño sentías
»que cuidadosa ocultabas.»

D. FER. (Mi carta; mi carta es;
¡mi carta de despedida!)

PILAR. Bien razona su partida.)

MAN. ¡Oh! ¡Qué baldon!

D. FER. (¡Pobre Inés!)

PILAR. (*Leyendo otra vez.*)
«Comprende que mal obraste,
»y que fuera en mí torpeza
»no castigar tu vileza
»toda vez que me engañaste.
»Espera duelos polijos
»por tu conducta liviana,
»y no maldigas mañana
»al padre de tus dos hijos.
»Dejo contigo á Manuel
»y me llevo á Pilarcita,
»para aminorar la cüita
»que me has causado crüel.»

PILAR. (*Dejando de leer y aparte reflexionando.*)
¿Pilar y Manuel?

D. FER. (*Para sí.*) ¡Dios mio!
(*Inés rompe á llorar amargamente.*)

PILAR. (*A Inés.*)
¿Más lágrimas?
D. FER. (¡Cielo santo!)
INÉS. (*A Pilar.*)
No os asombreis de este llanto.
que es de mi alma el rocío.
PILAR. (*Vuelve á leer.*)
«Vóime á países remotos.
»y es inútil que pretendas
»averiguar nuestras sendas,
»ni reanudar lazos rotos.
»Sé que te aflijo de más:
»adios; no quiero ocultarte.
»que no dejará de amarte
»ni áun así,—FERNANDO GRÁS.»
D. FER. (¡No era mentida ilusion!)
PILAR. (*Tapándose la cara con ambas manos.*)
¡Oh!
INÉS. (*A Pilar*) ¿Qué teneis?
D. FER. (¡Me aterra!)
PILAR. (¿Hay más desdicha en la tierra?
¡Qué ignominioso padron!)
JORGE. (*A Pilar*)
Todavía hay más; seguid.
PILAR. (*Volviendo la hoja.*)
Es verdad.
JORGE. (*A Pilar.*) Vereis ahora
una infamia aterradora
y el más repugnante ardid.
D. FER. (¿Qué será?)
JORGE. El hombre fatal
que á Fernando aconsejaba,
vertió en el papel su baba
emponzoñada y letal.
PILAR. (*En ademan de leer.*)
Veamos, pues.
D. FER. (No comprendo
qué pueda ser.)
JORGE. Por lo visto
anduvo el perverso listo
y dictó ese escrito horrendo;

más despues consignó él
gozándose en su venganza,
á cuánto el despecho alcanza
cuando le inspira Luzbel.

PILAR. (*Lee sollozando.*)
«Poco que decirte tengo
»al dar con tu dicha al traste:
»te amaba y me despreciaste;
»juré vengarme y me vengo.
»Sé que eres fiel á Fernando,
»y sin embargo le he dicho
»que tienes un vil capricho
»que le estaba deshonrando.
»Yo le acompaño en su huida.
»Ya recordarás con pena.
»que al deshonor te condena
»tu pureza.—BARCONIDA.»

(*Pilar deja caer el papel de la mano y se queda pensativa por un momento.*)

D. FER. (*Con manifiesta amargura.*)
(¡Esa misma confesion
hizo el vil al espirar!)

MAN. (¡Ay! ¡Le quisiera matar,
y está muerto...! ¡¡maldicion!!)

PILAR. ¡No hay duda, gran Dios!
(*Arrojándose con trasporte en los brazos de Inés.*)
¡¡Mi madre!!

INÉS. (*Confusa y oprimiendo á Pilar contra su corazon.*)
¡Mi hija vos?... ¡Desvarío!

MAN. (*Como asombrado y gozoso.*)
¿Mi hermana...? ¡Ah!

PILAR. ¡Oh, Dios mío!
(*Desprendiéndose de los brazos de Inés.*)
¡Qué feliz va á ser mi padre!

D. FER. (¡¡Mi familia...!!)
(*Agitadísimo ya, hace ademan de presentarse á ella, y se detiene como instigado de un nuevo pensamiento.*)

INÉS. (*Elevando la vista al cielo alborozada.*)

¡¡Dios eterno!!

PILAR. ¡¡Qué dia!!

D. FER. (¿Quién como yo?...)

INÉS. La Vírgen al fin me oyó,
y me ha vengado el infierno.

JORGE. ¡Pilar! ¡Pilar! ¿Dónde está
vuestro padre?

PILAR. En su aposento.

JORGE. Yo le encontraré al momento,
y os juro que me oirá.

(*D. Fernando hace otra vez ademan de adelantarse, y vuelve á quedarse en el mismo sitio.*)

PILAR. (*A Inés con indecible ternura.*)
¡Cuán dichosa sereis, madre!

JORGE. Tú, Manuel, vente conmigo.

MAN. ¿Para qué?

JORGE. (*En tono imperativo.*)
¡Que vengas, digo!
¡Abrazarás á tu padre!

MAN. ¡Vamos!

INÉS. ¡Que te guie Dios,
hijo mio!

PILAR. (*A Manuel y Jorge.*)
Volved luego.

JORGE. Tranquilizaos os ruego,
y esperad aquí las dos.

MAN. (*Parándose ante Pilar y mirándola cariñosamente.*)
Antes, Pilar, un abrazo
á tu hermano... ¿quieres?

PILAR. (*Arrojándose en los brazos de Manuel con júbilo manifiesto.*)
Sí;
la vida te diera á ti.

MAN. ¡Ya soy feliz!

(*Se desprende de los brazos de Pilar, y dirigiéndose á Jorge le alarga su brazo derecho y dice.*)
¡¡Toma el brazo!!

ESCENA VII.

MANUEL, PILAR, JORGE, INÉS, D. FERNANDO.

(*Jorge, como se desprende del final de la escena sexta, toma el brazo de Manuel y van á salir; pero antes de llegar á la puerta de la izquierda tropiezan con D. Fernando, que se dirigía ya hácia ellos.*)

MAN. (*Sorprendido.*)
¡Mi padre!

JORGE. (*Idem.*) ¡Don Fernando!

D. FER. (*En voz alta.*) ¡Deteneos!
Todo lo sé... ¡Volved!

INÉS. (*Agitada.*) ¡El es, Dios mio!

D. FER. (*Dirigiéndose al lado de Inés precipitadamente.*)
¡Inés!

INÉS. ¡Fernando!

(*Pilar y Manuel quedan á la derecha; Fernando é Inés á la izquierda y Jorge al centro.*)

PILAR. (¡Qué placer más rato!)

D. FER. ¿Eres tú, pobre Inés, tú la que miro?

INÉS. ¡Ah, Fernando, Fernando! ¿quién pensara
tu conducta cruel para conmigo?

D. FER. ¿Me perdonas, Inés?

INÉS. Siempre te he amado
y solo al verte con placer respiro.

D. FER. (*Extendiéndola los brazos.*)
¡Ven á mis brazos, ven, víctima triste
de un hombre desleal y falso amigo!

INÉS. (*Estrechándola en sus brazos con trasporte.*)
¡¡Fernando!!

D. FER. ¡Inés querida!

INÉS. ¡Cuánto gozo
en tus brazos, mi bien!

D. FER. ¡Idolo mio!
Enjuga el llanto y tus pesares mata
ya que nos vemos con placer reunidos.

INÉS. ¿Me dejarás ya más?

D. FER. ¿Fuera posible
sabiendo tu virtud?... ¡Qué desatino!
Hoy nuestra union bendecirá la Iglesia,
y con la Iglesia nuestros buenos hijos.

MAN. ¡Madre!

PILAR. ¡Papá...! ¡Que vuestro lazo sea
eterno como Dios! ¡Como Él bendito!

JORGE. (*A Manuel y Pilar.*)
Hermanos: sed felices sin que nunca
olvideis este dia; buenos hijos,
amad á vuestros padres que os adoran,
y recompensa habreis del Infinito.
(*A Inés y Fernando.*)
Y vosotros que os vísteis separados,
y á quienes hoy la Providencia ha unido,
fieles esposos y amorosos padres,
vivid en santa paz.

D. FER. ¡Ah! ¡Yo lo fío...!

FIN

DE ESPAÑA

Por DON MODESTO LAFUENTE, continuada hasta la época actual por DON JUAN VALER
josísima edicion, ilustrada con magníficas cromolitografías representando monumentos
autógrafos, copias de códices y varios objetos históricos, y con grandes láminas en
están reproducidos los retratos de los principales monarcas españoles. Aparte de e
intercalados en el texto mas de seis mil grabados, reproduccion exacta de todos los
monedas que han circulado en España y sus posesiones desde los primitivos tiemp
el dia.

La obra del Sr. Lafuente consta de unas 470 entregas que forman cinco regulares
á los cuales seguirá otro dedicado á la continuacion de la Historia hasta la época actu

Cada entrega, cuyo precio es el de REAL Y MEDIO, consta de ocho páginas de im
ó sean diez y seis grandes columnas de texto, impresas en caractéres claros á la par qu
pactos, y en papel superior perfectamente glaseado.

Se repartirá semanalmente un cuaderno de cuatro entregas, equivaliendo cada
suelta á una entrega.

VIDA DE LA VIRGEN MARIA